

ASESINATO EN EL CAMPO DE GOLF

Agatha Christie

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicasen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística, fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Traducción de Begoña Alonso
ISBN 978-84-16564-60-6
© 2021 Paradimage Soluciones

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DIGITAL

Asesinato en el campo de golf ("Murder on the links") es la tercera novela publicada por su autora sobre el detective belga que la hizo famosa, Hércules Poirot. En esta ocasión, el detective atiende una invitación pero llegará tarde, cuando su amigo ha sido ya asesinado. A pesar de los indicios en contra de uno de los personajes, Poirot insistirá en desvelar el papel que jugó cada uno de los implicados, entre los que habrá un nada despreciable número de mujeres...

En esta edición presentamos una nueva traducción, actualizada y exclusiva para nuestra editorial, que esperamos que sea del gusto del lector más exigente. Paradimage ha publicado ya "El misterioso caso de Styles" y "Poirot Investiga", siempre con una cuidada edición.

*Consulta el catálogo completo de obras publicadas por
Paradimage en www.paradimage.es*

INDICE

1. Un compañero de viaje	7
2. Una llamada de auxilio	14
3. En la Villa Geneviève	27
4. La carta firmada "Bella"	39
5. La historia de Madame Renauld	49
6. La escena del crimen.....	60
7. La misteriosa Madame Daubreuil.....	67
8. Un encuentro inesperado	80
9. M. Giraud encuentra algunas pistas.....	91
10. Gabriel Stonor	99
11. Jack Renauld	107
12. Poirot aclara ciertos puntos.....	121
13. La chica de mirada nerviosa	131
14. El segundo cadaver	142
15. La fotografía.....	150
16. El caso Beroldy.....	159
17. Investigamos más a fondo.....	165
18. Giraud actúa	173
19. Yo uso mis neuronas	180
20. Una declaración asombrosa.....	187
21. ¡Hércules Poirot en el caso!.....	198

22. Encontré el amor.....	206
23. Dificultades más adelante	217
24. "Sálvenlo"	222
25. Un desenlace inesperado.....	232
26. Yo recibo una carta	237
27. La historia de Jack Renauld.....	242
28. El final del viaje	256

1. UN COMPAÑERO DE VIAJE

Debe existir alguna anécdota famosa sobre un joven escritor, decidido a hacer del comienzo de su historia uno lo suficientemente impactante y original como para captar la atención del más indiferente de los editores, escribió esta frase:

—¡Ostras! — exclamó la duquesa.

Curiosamente, esta historia comienza de la misma manera. ¡Solo que la mujer que profirió la exclamación no era una duquesa!

Fue un día a comienzos de junio. Había estado haciendo negocios en París y volvía para la misa de la mañana en Londres donde aún compartía habitaciones con mi viejo amigo, el ex detective belga, Hércules Poirot.

El Calais Express estaba particularmente vacío, de hecho, en mi propio departamento había solo un pasajero más. Había salido algo apresurado del hotel y estaba ocupado asegurándome de que había cogido todas mis pertenencias cuando el tren arrancó. Hasta ese momento, apenas me había fijado en mi compañera de viaje, pero entonces me vi forzado a reparar en su existencia. Dando un brinco se levantó del asiento, bajó la ventana y sacó su cabeza por ella, retirándola un momento después con una breve y enérgica exclamación “¡Ostras!”

Ahora bien, soy un hombre algo anticuado. Para mí, una mujer debe ser femenina. ¡No soporto a las muchachas neuróticas modernas que se entregan al jazz de la noche a la mañana, fuman como carreteras y usan un lenguaje que haría sonrojarse a una pescadora de Billingsgate!

Levanté la cabeza frunciendo ligeramente el ceño y me hallé ante una cara bonita de expresión descarada, coronada por un elegante sombrero rojo. Una gruesa mata de rizados negros escondía sus orejas. Calculé que tendría poco más de diecisiete

años, aunque su cara estaba cubierta de maquillaje y sus labios, increíblemente rojos.

Nada avergonzada, me devolvió la mirada y ejecutó una expresiva mueca.

—¡Dios mío, he escandalizado al amable caballero! — observó para un público imaginario—. ¡Pido disculpas por mi lenguaje! Muy poco femenino, etcétera, pero ¡madre mía! ¡hay motivos suficientes para usarlo! ¿Sabe usted que he perdido a mi única hermana?

—¿De verdad? — dije amablemente—. ¡Qué desgracia!

—A él no le agradamos —comentó la dama—. No le agradamos ni mi hermana ni yo, lo cual es injusto ¡porque a ella no la ha visto!

Abrí la boca, pero ella se me adelantó.

—¡No diga nada más! ¡Nadie me quiere! ¡Debería meter la cabeza en un hoyo! ¡Estoy destrozada!

Se escondió detrás de un gran periódico francés de humor. Uno o dos minutos después vi que sus ojos me miraban furtivamente por encima del periódico. Muy a mi pesar, no pude evitar sonreír y de repente, ella arrojó el periódico a un lado y estalló en una alegre carcajada.

—Sabía que no era tan bobo como parecía, —gritó.

Su risa era tan contagiosa que tuve que unirme a ella, aunque no me importó la palabra “bobo”. La chica era sin duda todo lo que más me desagradaba, pero no había razón alguna por la que debería avergonzarme de mi actitud. Me preparé para relajarme. Después de todo, era indudablemente hermosa...

—¡Vaya! ¡Parece que ahora somos amigos! —anunció la joven pícara—. Diga que siente lo de mi hermana...

—¡Estoy desconsolado!

—Es usted un buen muchacho.

—Déjeme terminar. Iba a añadir que, aunque estoy desconsolado, puedo soportar muy bien su ausencia —hice una pequeña reverencia.

Pero aquella extraña damisela frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Basta de esto. Prefiero la postura de 'digna desaprobación'. Y la cara que ha puesto, como si dijera: 'No es de los nuestros.' ¡Y en esto tenía usted razón!... aunque, fíjese bien, es bastante difícil saberlo en nuestros tiempos. No todo el mundo puede distinguir a una fulana de una duquesa. ¡Vaya! ¡Creo que he vuelto a escandalizarle! Vive usted debajo de una piedra. No es que me importe esto. No vendrían mal más personas de su clase. Simplemente no soporto a aquellos que se extralimitan. Me ponen histérica.

Negó con la cabeza enérgicamente.

—¿Cómo es usted cuando se enfada? —le pregunté con una sonrisa.

—¡Un pequeño diablillo! No me importa lo que diga ni lo que haga. Casi mato a un chico una vez. Sí, de verdad. ¡Y bien merecido que se lo tenía! Tengo sangre italiana... algún día me meteré en problemas."

—Bueno, —le pedí—, no se enfade conmigo.

— No lo haré. Me cae bien... me cae bien desde el momento en que me fijé en usted. Pero parecía criticarme de tal modo que creí que nunca seríamos amigos.

—Pues bien, ya lo somos. Cuénteme algo sobre usted.

—Soy actriz. No... no el tipo de actriz que usted está pensando, ese que almuerza en el Savoy cubierta de joyas y con su fotografía en todos los periódicos diciendo cuánto les gusta la crema facial de la marca que sea. Llevo en los escenarios desde que tenía seis años... doy volteretas."

—¿Dice usted...? —dije perplejo.

—¿No ha visto usted nunca niños acróbatas?

—¡Oh! Vale, comprendo.

—Nací en Estados Unidos, pero me he pasado la mayor parte de mi vida en Inglaterra. Ahora tenemos un nuevo espectáculo...

—¿Tenemos?

—Mi hermana y yo. Una especie de canción con baile, un poco de taconeo y una pizca de lo de siempre. Es una idea bastante nueva y siempre les impresiona. Vamos a sacar dinero con eso...

Mi nueva amiga se inclinó hacia delante y charló animadamente, aunque muchos de sus términos me resultaron incomprensibles. Sentí, no obstante, que crecía mi interés por ella. Parecía ser una atractiva mezcla entre mujer y niña. Había algo curiosamente ingenuo en su forma decidida de actuar ante la vida y en su sincera determinación de hacer el bien, a pesar de haber visto mundo y ser perfectamente capaz, según decía, de cuidar de sí misma. Echar un vistazo a este mundo desconocido para mí tenía su encanto, y me divertía viendo cómo se le iluminaba su pequeña y entusiasmada carita cuando hablaba.

Pasamos por Amiens. El nombre me trajo a la mente numerosos recuerdos. Mi compañera parecía tener un presentimiento sobre lo que pasaba por mi mente.

—¿Piensa en la guerra?

Asentí.

—Participó usted en ella, ¿no es cierto?

—Bastante. Me hirieron una vez, y tras la batalla del Somme me declararon inválido por completo. Tuve un trabajo militar a tiempo parcial durante un tiempo. Ahora soy algo así como un secretario privado para un miembro del parlamento.

—¡Hala! ¡Hay que ser muy inteligente para eso!

—En verdad no. Hay demasiado poco que hacer. Normalmente con un par de horas al día me basta. Es un trabajo aburrido. De hecho, no sé qué haría si no tuviese algo a lo que recurrir para matar el aburrimiento.

—¡No me diga que recolecta insectos!

—No. Comparto habitación con un hombre muy interesante. Es belga, un ex detective. Se ha instalado como detective privado en Londres y le va extraordinariamente bien. Realmente es un hombre excepcional. Una y otra vez demuestra que tiene razón, allá donde la policía ha errado.

Mi acompañante escuchaba con los ojos muy abiertos.

—¡Qué interesante! Me encantan los crímenes. Voy a ver todas las películas de misterio al cine. Y cuando ocurre un asesinato es que devoro los periódicos.

—¿Se acuerda del caso Styles? —le pregunté.

—Déjeme pensar. ¿Ese era el de la anciana a la que envenenaron en algún lugar de Essex?

Asentí.

—Ese fue el primer gran caso de Poirot. De no ser por él, el asesino se habría escapado sin ser condenado. Fue una muestra maravillosa de labor detectivesca.

Llevado por mi entusiasmo, mencioné los rasgos generales del caso hasta su triunfante e inesperado desenlace. La joven escuchó fascinada. De hecho, estábamos tan absortos en el tema que el tren llegó a Calais sin que nos diéramos cuenta.

—¡Dios mío de mi vida y de mi corazón! —gritó mi compañera—. ¿Dónde está mi aplicador de polvos?

Procedió a embadurnarse la cara deliberadamente y luego se aplicó una barra de labios, observando su efecto en un pequeño espejo de bolsillo, sin el más mínimo signo de vergüenza.

—Digo yo... —dudé—. Me atrevería a decir que es descarado por mi parte, pero ¿por qué hacer todo eso?

La chica paró y me miró fijamente sin disimular su sorpresa.

—Ni que no fuese lo suficientemente guapa como para ir sin maquillar —dije tartamudeando.

—Mi querido amigo, tengo que hacerlo. Todas las chicas lo hacen. ¿Cree que quiero parecer una mamarracha como las de mi pueblo? —echó una última ojeada al espejo, sonrió dando el visto bueno y metió su neceser de vuelta en el bolso—. Así mejor. Mantener las apariencias es un poco de marica, lo reconozco, pero si una chica se respeta a sí misma, depende de ella el no relajarse.

No pude responder ante semejante opinión moral. Un punto de vista puede marcar la diferencia.

Me aseguré de conseguir un par de botones y descendimos al andén. Mi acompañante de tendió la mano.

— ¡Adiós! Me ocuparé mejor de mi equipaje en un futuro.

—Oh, pero seguro que me dejará encargarme de usted en el barco, ¿no?

—Quizás no en el barco. Aún tengo que ver si esa hermana mía consiguió subir al tren después de todo. De todas formas, muchas gracias.

—Bueno, pero nos veremos otra vez, ¿verdad? Yo... —vacilé—. Yo quiero conocer a su hermana.

Ambos nos reímos.

—Es muy amable por su parte. Se lo diré cuando la vea. Pero no me gustaría encontrarnos de nuevo. Ha sido muy bueno conmigo durante el viaje, sobre todo después de haberme burlado de usted como lo he hecho. Aquel sentimiento que expresó su cara en un principio era cierto. No soy de su tipo. Y eso trae problemas...lo sé suficientemente bien...

Su cara cambió. Por un momento, murió toda la felicidad y alegría que habitaba en su cara. Parecía enfadada... vengativa...

—Pues, adiós —terminó en un tono más suave.

—¿No me va ni a decir su nombre? —le pregunté mientras se iba.

Me miró por encima de su hombro. En sus mejillas, aparecieron unos hoyuelos. Era como ver una preciosa fotografía de Greuze.

—Cenicienta —dijo ella, riéndose.

Nunca me habría imaginado cuándo y cómo volvería a ver a Cenicienta de nuevo.

2. UNA LLAMADA DE AUXILIO

Eran las nueve y cinco de la mañana siguiente cuando entré en nuestra sala de estar para desayunar.

Mi amigo Poirot, tan puntual como siempre, acababa de quitarle la cáscara a su segundo huevo.

Me sonrió cuando entré.

—¿Has dormido bien? ¿Te has recuperado de esa travesía tan terrible? Es una maravilla que no te hayas retrasado nada esta mañana. *Pardon*, pero tu corbata no está simétrica. Permíteme que te la arregle.

Ya he descrito a Hércules Poirot con anterioridad. ¡Un hombrecito extraordinario! Estatura de 1.65m, cabeza ovalada que inclinaba hacia un lado, unos ojos que irradiaban una luz verde cuando se emocionaba, tieso bigote militar, ¡y una expresión de dignidad inmensa! Su aspecto era pulcro y caballeroso. Era un apasionado de la limpieza. Ver un complemento torcido, una mota de polvo o algún pequeño desbarajuste en el atuendo de alguien era una tortura para el pobre hombre, hasta que podía relajarse tras arreglarlo. El “orden” y el “estilo” regían su vida. Tenía cierto desprecio por las pruebas tangibles, aquellas como las colillas o las huellas, y mantenía que, tomadas por sí solas, no le permitirían resolver un caso a ningún detective. Luego se tocaría su ovalada cabeza con absurda complacencia y comentaría con satisfacción:

—El verdadero trabajo se hace *desde dentro*. Esas pequeñas células grises, ¡acuérdense siempre de las pequeñas células grises *mon ami!*

Me deslicé en mi asiento y respondí con calma, que un viaje de una hora de Calais a Dover por mar, difícilmente podría designarse con el término “terrible”.

Poirot movió energéticamente su chuchara negando mi observación.

—*¡Du tout!* ¡Si en una hora uno vive emociones y sensaciones de las más terribles, es igual que vivir muchas horas! ¿No era uno de tus poetas el que decía que el tiempo se cuenta, no en horas, si no en latidos?

—Creo que Browning se refería a algo más romántico que al mareo, pero bueno.

—Porque él era un inglés, un isleño para el cual *La Manche* no significaba nada. ¡Ah!, los ingleses... con nosotros eso no pasa. Figúrate que una conocida mía, al principio de la guerra emigró a Ostend. ¡Allí tuvo una crisis nerviosa muy grande! No podía ir más allá sin cruzar el mar y le aterrizzaba, *¡mais une horreur!* ¿Qué podía hacer? Cada día los alemanes se acercaban más. ¡Imagínate a ti mismo en esa situación!

—¿Y qué hizo? —le pregunté interesado.

—Afortunadamente su marido era un hombre práctico y su crisis nerviosa no le afectó nada. ¡Él simplemente se la llevó! Naturalmente, cuando llegaron, ella estaba exhausta pero aún respiraba.

Poirot negó con la cabeza seriamente. Yo me recompuse como pude.

De repente se puso rígido y apuntó dramáticamente al estante de las tostadas.

—¡Oh! *Par exemple, c'est trop fort!* —gritó él.

—¿Qué pasa?

—Esa tostada. ¿No la ves? —dijo mientras sacaba rápidamente a la ofensora del estante. La sujetó para examinarla— ¿Es cuadrada? No. ¿Es triangular? De nuevo, no. ¿Es acaso

redonda? Tampoco. ¿Su forma es mínimamente agradable a la vista? ¿Hay algún tipo de simetría? Ninguna.

—Es de hogaza de pan artesanal —le expliqué suavemente.

Poirot me dedicó una mirada fulminante.

—¡Qué inteligente es mi amigo Hastings! —exclamó sarcásticamente—. No comprendes que he prohibido este pan, un pan tan aleatorio y sin forma, que ningún panadero debería dignarse a hacerlo.

Me propuse distraer su mente.

—¿Algo interesante en el correo?

Poirot, con un aire de descontento, negó con la cabeza.

—No he mirado aún mis cartas, pero últimamente no llega nada de interés. Los grandes criminales, los que tienen un método, ya no existen. Los casos en los que he trabajado eran banales hasta más no poder. En verdad, me he visto reducido a recuperar perritos falderos de señoras elegantes. El último problema que tuvo algo de interesante fue aquel del diamante de los Yardly. Eso fue... ¿hace cuantos meses amigo mío?

Suspiró desanimado. Yo, a su vez, irrumpí en una sonora carcajada.

—¡Anímate, Poirot! Tu suerte cambiará. Lee tus cartas. Lo único que importa es que podría haber un gran caso acechándote desde el horizonte.

Poirot sonrió y, cogiendo un limpio y pequeño abrecartas con el cual solía abrir su correspondencia, rasgó la parte superior de cada uno de los sobres que había en su bandeja de correo.

—Una factura. Otra factura. Es que me estoy volviendo caprichoso con la edad, ¿eh? ¡Ajá! Una carta de Japp.

—¿Sí? —agudicé el oído. El Inspector de Scotland Yard nos había presentado un caso interesante más de una vez.

—Simplemente me agradece (a su manera) un pequeño apunte en el caso de Aberystwyth en el que pude orientarle.

—¿Cómo te lo agradece? —le pregunté interesado, puesto que conocía a Japp.

—Es suficientemente amable como para decirme que estoy en muy buena forma para mi edad y que agradece haber tenido la oportunidad de darme acceso al caso.

Eso era tan típico de Japp que no pude contener una risita. Poirot continuó leyendo su correspondencia plácidamente.

—Una sugerencia que debería hacerles a los scouts locales. La condesa de Forfanock agradecería que le hiciese una visita. ¡Otro perrito faldero seguro! Y ahora la última... ¡Anda!...

Levanté la mirada, atento al cambio de tono. Poirot leía atentamente. Un minuto después, me tendió la carta.

—Esto sí que es algo fuera de lo común, *mon ami*. Léelo tú mismo.

La carta estaba escrita en un tipo de papel extraño, en una letra característica y audaz:

*“Villa Geneviève
Merlínville-sur-Mer
France*

“Querido M. Poirot,

“Me veo necesitado de los servicios de un detective y, por razones que más tarde le comentaré, no deseo llamar a la policía. He oído hablar de usted en diferentes entornos y todos los informes demuestran que no solo es usted un hombre de indudable habilidad, sino que también sabe ser discreto. No me gustaría dar detalles en la carta, pero, debido a un secreto que guardo, temo diariamente por mi vida. Estoy convencido de que el riesgo es inminente, y por ello le ruego que no tarde en venir hasta Francia. Mandaré

un coche que le recoja en Calais, si tiene la bondad de llamarme cuando llegue. Estaría en deuda con usted si aparca todos sus actuales casos y se centra solamente en mis intereses. Estoy preparado para pagar cualquier compensación que vea usted necesaria. Probablemente requeriré sus servicios por un período considerable de tiempo, ya que tendrá usted que viajar a Santiago, donde pasé muchos años de mi vida. Estaré conforme si establece usted sus honorarios.

“Recordándole que el asunto es urgente,

*“Atentamente,
“P. T. RENAULD”*

Bajo la firma había una línea rápidamente garabateada, casi ilegible que decía: “Por el amor de Dios, ¡venga!”

Le devolví la carta con el pulso acelerado.

—¡Por fin! —dije—. He aquí algo definitivamente fuera de lo común.

—Desde luego, —dijo Poirot meditabundo.

—Vas a ir, claramente —continuó.

Poirot asintió. Estaba sumido en sus pensamientos. Finalmente pareció decidirse y echó una ojeada al reloj. Su rostro estaba muy serio.

—Ves, amigo mío, no hay tiempo que perder. El Continental Express sale de Victoria a las once en punto. No te inquietes. Hay mucho tiempo. Nos podemos permitir diez minutos de debate sobre el tema. Me acompañarás, *¿n'est ce pas?*

—Verás...

—Tú mismo me dijiste que tu jefe no te necesita durante las próximas semanas.

—Ciertamente, pero parece que el asunto de Mr. Renauld es privado.

—Bla, bla, bla. Yo me encargo de M. Renauld. Por cierto, ¿de qué me suena el nombre?

—Hay un millonario bastante famoso sudamericano, su nombre es Renauld. No sé si será el mismo.

—¡Sin duda! Eso explica la mención de Santiago. Santiago está en Chile y Chile en Sudamérica. Vamos progresando.

—Dios mío Poirot, —comenté con creciente entusiasmo—. Me huelo que aquí vamos a encontrarnos mucho dinero. Si conseguimos resolver el caso, ¡podríamos hacernos ricos!

—No estés tan seguro de eso amigo mío. Un hombre rico no se separa fácilmente de su dinero. He visto cómo un millonario apartaba a una multitud de gente solo para coger una moneda de céntimo del suelo.

Admití la sabiduría de su comentario.

—De cualquier manera, —continuó—, no es el dinero lo que me atrae de este caso. Desde luego sería agradable tener *carte blanche* en todas nuestras investigaciones; uno así se aseguraría de no perder tiempo, pero hay algo un poco extraño en este problema que despierta mi interés. ¿Te has dado cuenta de la posdata? ¿Cómo lo ves?

Lo pensé.

—Claramente escribió la carta manteniendo la compostura, pero al final su autocontrol falló y, con la emoción del momento, escribió esas últimas cuatro palabras.

Mi amigo negó enérgicamente con la cabeza.

—Estás equivocado. ¿No te das cuenta de que la tinta de la carta es casi negra mientras que la de la posdata es bastante pálida?

—¿Y? —pregunté chocado.

—*Mon Dieu, mon ami*, ¡usa tus pequeñas neuronas! ¿No es obvio? M. Renauld escribió su carta. Sin tachar nada, la releyó cuidadosamente. Después, no por un impulso, pero deliberadamente, añadió esas últimas palabras y las puso en la hoja.

—Pero ¿por qué?

—*Parbleu!* Para que produzca el mismo efecto en mí que ha tenido sobre ti.

—¿Qué?

—*Mais oui*, para asegurarse de que vaya. Releyó la carta y estaba insatisfecho, no sonaba suficientemente potente.

Hizo una pausa, y luego añadió suavemente, sus ojos brillando con esa luz verde que siempre anuncia emoción interna:

—Y por eso, *mon ami*, dado que la posdata la añadió, no por impulso, pero con sobriedad, a sangre fría, la urgencia es muy grave y debemos contactarle cuanto antes.

—Merlinville, —murmuró pensativamente—. He oído hablar de ese sitio, creo.

Poirot asintió.

—Es un sitio muy callado y pequeño, pero ¡*chic!* Está como a medio camino entre Bolougne y Calais. Se está poniendo de moda rápidamente. Los ingleses ricos que quieren estar tranquilos se están instalando allí. M. Renauld debería tener una casa en Inglaterra, ¿verdad?

—Sí, en Rutland Gate, si mal no recuerdo. También tiene en alguna parte del campo, por Hertfordshire. Aunque en verdad sé muy poco sobre él, socialmente no hace mucho. Creo que tiene bastantes asuntos sudamericanos en la ciudad y se ha pasado la mayor parte de su vida en Chile y Argentina.